

RENERIA, un pueblo con los brazos abiertos

Cuando se deja el txoko se comprende mejor la angustia de los emigrados

por PURITA GUTIERREZ

Rentería: llevo aún en los ojos la visión tuya de hace un año, cuando te dije adiós. Cuando bajaba las cuestas de mi barrio, cargada con mi maleta, lo miré, y se fundió en mi mente el recuerdo de aquel barrio que yo encontré de niña al venir a él por vez primera, y la realidad urbanística actual.

Entonces, mi barrio estaba en el campo. Se podía jugar con la yerba. Con esa yerba verde de mi Guipúzcoa, que jamás se agosta. La primera mañana que salí a la calle, recuerdo que me senté tímida a la puerta de mi casa nueva. Pasó una niña con un pan muy grande y me dijo: —¿Quieres ser mi amiga?

Desde entonces, Rentería, fuiste para mí: amistad, cordialidad, amor, cultura, trabajo, diversión. En Rentería aprendí a reír y a llorar. Aprendí a soñar y a querer. Aunque había sido bautizada en un pueblo chiquito de Castilla, tu parroquia fue mi parroquia; tu plaza, mi plaza; más tus calles, tus montes, tu Alameda, el color de tus campos y la brisa marina que llega del Cantábrico cercano. Todo cuanto soy, me lo diste tú. Nadie me preguntó: ¿De dónde vienes? ¿Quién eres? Me acogiste con amor. Por eso hiciste de mí una renteriana enamorada de tus gentes, de tus costumbres, de tu folklore... Por eso hoy, cuando me preguntan mi origen, respondo con ilusión: ¡Soy renteriana!

¡Si supieras, cómo me acuerdo de ti! ¡Cómo añoro tu calor de vecindad! ¡Cómo sueño por tener noticias tuyas!

Cuando se ha vivido en el ambiente familiarmente amistoso y cordial de Rentería, cuesta mucho acostumbrarse a vivir en otro lugar, aunque éste sea la Capital de la nación.

Se puede tener la suerte de tener amigos que te esperan al llegar a un nuevo ambiente, pero aún así, en estas calles magníficas llenas de coches y de prisa, no se encuentra la vivencia y la cordialidad de nuestro txoko. ¿Por ser Rente-

ría? —me pregunto—. Tal vez no. ¿Por ser «mi» Rentería?: Eso, sí.

Cuando uno sale del pueblo que caldeó su vida familiar y social, le resulta posible comprender toda la angustia, todo el choque brutal de los que se ven obligados a emigrar. De los que dejan un ambiente conocido —mejor o peor— al que estaban habituados y, sobre todo, al que estaban ligados con el sentimiento, para enfrentarse con nuevas costumbres, para tratar a personas con distinta mentalidad, distintos hábitos, distinto temperamento...

Ahora que estoy lejos de ti, Rentería, comprendo mejor a los vecinos nuevos de mi barrio. A esos vecinos que vinieron a cambiar, a dar a mi barrio tan distinta fisonomía.

Porque mi barrio no es el mismo de cuando yo era pequeña. En él, ya no queda yerba, ya casi ni espacio para jugar los niños. Porque la edificación lo invadió todo.

Hoy los vecinos no se conocen apenas. Se ven caras nuevas que vinieron de otras regiones trayendo nuevas costumbres. Y a veces la queja se posa en el ánimo de los indígenas. Porque hay quien vacía los desperdicios en la acera. Y quien pone periódicos pegados en los cristales, en vez de cortinas monas. Y quien habla a voces o discute a gritos. Ante el sentimiento que considera la inmigración como una invasión, puede surgir el espíritu rebelde que no quiere aceptar esta realidad.

Pero, Guipúzcoa la Católica sabe de los derechos del hombre. Sabe que todo ser humano tiene derecho a instalarse donde crea más posible su elevación humana. Sabe que ante Dios no hay razas ni pueblos. Sabe que esos hombres de rostro moreno y esas mujeres de vestidos chillones guardan dentro el digno deseo de superar su situación. Han venido a trabajar. Han venido a educar a sus hijos. Han venido con el ansia de una vida más digna, más elevada.

Y lo que ellos sean depende en gran parte de la acogida de un pueblo que siente dolor, un dolor natural y humano ante la invasión de su intimidad.

Yo también llegué un día a Rentería con mis padres que eran jóvenes. Entre un colchón y alguna maleta —igual que los vecinos nuevos de mi barrio—. Pero, fue tan cordial la acogida que me dispensaste, que desde siempre me he sentido miembro vivo de la sociedad renteriana. Los lazos familiares se fueron trenzando a través de miembros nacidos en esta tierra, y de nuevos matrimonios sin complejos raciales. Yo soy renteriana. Me siento querida por ti, Rentería. Tú me lo diste todo. Por eso tengo la esperanza de que esos hombres y esas mujeres que llegan con sus niños, su colchón y su maleta, hallarán en ti lo mismo que yo he encontrado.

Yo puedo decir con seguridad —porque lo he vivido— que quien llegue a ti confiado, respetuoso y cordial, no le faltará una mano amiga para ayudarlo a entrar en tu vida. En esa vida cotidiana fabril y activa; en esa vida franca, amistosa y bella de mi querido txoko renteriano.



En mi barrio ya no queda hierba, ni casi espacio para que jueguen los niños. La edificación lo invadió todo.